



UNIÓN POPULAR REPUBLICANA
La unión del pueblo para restablecer la democracia

CARTA CONSTITUTIVA

**Aprobada en el Congreso Fundador de la
Unión Popular Republicana, el 25 de Marzo del 2007.**

Español

Droits réservés — Todos los derechos reservados

UPR, 15 rue Énard, 75012 PARIS, FRANCE — www.upr.fr

Reunidos en congreso a día 25 de marzo del año 2007 – día del quincuagésimo aniversario del Tratado de Roma – franceses de todas las edades y condiciones han decidido fundar la Unión popular republicana (UPR) con el fin de restaurar la independencia de Francia, devolverle su libertad al pueblo francés y devolverle a nuestro país su histórico papel de portavoz de la libertad de los pueblos y de las naciones del mundo entero.

Los miembros fundadores han decidido elaborar la presente carta, que detalla las especificidades de los análisis y del programa de la UPR. Se presupone que todo miembro de la UPR ha leído este documento, comparte sus análisis así como sus conclusiones y quiere poner en obra sus orientaciones.

1. El análisis de la situación de Francia: Europa no es la solución sino el problema

La Unión popular republicana se distingue de todos los demás movimientos políticos existentes en dos puntos esenciales:

- por una parte, en el análisis de la situación de Francia,
- por otra parte, en la manera de sacar a nuestro país de la grave crisis política, económica, social y moral en la cual no deja de hundirse.

Si bien no es la causa única de todos los problemas de nuestro país, la construcción europea no deja de ser su principal causa. Lejos de ser la solución, como se nos viene asegurando desde hace medio siglo, la construcción europea es, muy por el contrario, su origen. Coloca en efecto a los franceses bajo tutela extranjera, lo que vacía de sentido sus decisiones democráticas, paraliza indebidamente su futuro, fija arbitrariamente el campo de sus intereses y los sume indefinidamente y sin razón alguna en el desprecio de sí mismos así como en una especie de desesperanza.

La UPR es un partido del siglo XXI, consciente de lo que ocurre realmente en Francia y en el mundo

Debido a la diversidad de orígenes, edades, formaciones y profesiones de sus responsables y militantes, la UPR no es un partido de ignorantes ni de nostálgicos. Se trata, al contrario, de un partido nacido en el siglo XXI, perfectamente adaptado a las tecnologías de su época, extremadamente atento a lo que ocurre en el mundo, totalmente consciente de la complejidad de los problemas internacionales, del peso de las limitaciones económicas, de la evolución general del mundo y de sus mentalidades así como de la tradición plurisecular de apertura y proyección internacional que existe en nuestro país.

La mayoría de los partidos políticos desarrolla la idea de que procederían los problemas de Francia del retraso que lleva en la adopción de “reformas indispensables”, retraso a su vez causado por la lentitud que demuestran los franceses a la hora de ponerse a la altura de los otros países del mundo. Ahora bien, esta punzante culpación de nuestros conciudadanos se mantiene sin que dichos movimientos políticos lleven a cabo un estudio serio, exhaustivo y sin prejuicios ideológicos sobre las verdaderas razones que explican los éxitos o los fracasos de los otros países del mundo. El enfoque de la UPR, que funda sus análisis en un estudio minucioso y sin complacencias de lo que se hace en los demás lugares del planeta – y no sólo en unos pocos países de Europa o en los Estados Unidos de América –, es muy diferente.

Análisis precisos que desmienten las ideas preconcebidas

Por ejemplo, la UPR es el único partido político que:

- observa que el proceso de construcción de un conjunto político continental, dotado de un gobierno supranacional como lo es la Comisión europea, no se imita en ningún otro lugar del mundo, en el que triunfa muy por el contrario el principio del Estado-nación,
- subraya que no existe, según todas las estadísticas mundiales disponibles, ninguna correlación entre el tamaño de un Estado y el nivel de vida de su población. Parece existir, en cambio, una correlación entre el patriotismo y el crecimiento económico,

- resalta el que las empresas europeas se vinculan cada vez más con otras empresas por el mundo, como en Asia, para poder competir mejor con las empresas de otros países europeos. Esa fuerte tendencia en el mundo de los negocios demuestra la falsedad del argumento según el cual la construcción europea sería una necesidad económica e industrial que nos permitiría crear “campeones europeos” ,
- aclara con toda minuciosidad el circuito de la toma de decisiones en las instituciones comunitarias, la marginación de Francia y el peso considerable del que goza en dichas instancias la influencia estadounidense,
- informa a nuestros conciudadanos sobre el coste neto, cada vez más considerable, que ocasiona la construcción europea para la economía y el erario franceses,
- demuestra, apoyándose en comparaciones estadísticas, que Francia no está en la situación financiera catastrófica que se nos viene anunciando,
- revela que muchos países del mundo, entre los cuales Japón y los Estados Unidos de América, no respetan en absoluto los criterios de Maastricht, los cuales, sin embargo, nos son presentados como un imperativo de buena gestión económica y financiera,
- explica que si existe un país que sí está en riesgo de bancarrota, son los Estados Unidos de América, donde todos los actores económicos (Estado federal, Estados federados, empresas y familias) resultan mucho más endeudados que sus homólogos franceses .

Muy lúcida sobre los problemas económicos y sociales, la UPR por supuesto se preocupa por la competitividad y el dinamismo industrial, científico y comercial, tal y como se preocupa por la legítima determinación de los franceses de guardar su sistema social y su concepción de la vida en sociedad. Pero la UPR afirma que ninguno de los graves problemas que sufre Francia puede ser solucionado de manera sostenible si la política llevada a cabo no consigue el asentimiento claro y masivo de los franceses.

Ahora bien, no puede conseguirse este asentimiento por parte de nuestros conciudadanos a no ser que el poder que realmente se ejerce sobre ellos emane de una voluntad libremente consentida por la nación, en el marco de decisiones auténticamente democráticas. En efecto, no se puede dirigir a Francia durante mucho tiempo en contra de su pueblo.

Los bloqueos de la situación francesa derivan de la inconfesable (e inconfesada) puesta bajo tutela extranjera del pueblo francés

Basándonos en lo que nos enseñan más de mil quinientos años de historia, la UPR recuerda que el pueblo francés nunca ha admitido de manera duradera que se ejerza sobre él un poder de origen extranjero o alguno cuya legitimidad, en el fondo, no reconocía.

Ahora bien, sea cual sea la presentación ventajosa, futurista, utópica o edulcorada que se intente crear, es innegable que, por la inexistencia de un pueblo europeo, la Unión europea tiene precisamente por efecto de someter a los franceses a un poder de origen extranjero, de esencia oligárquica, no elegido, cuya legitimidad, en el fondo, no reconocen. Toda la historia de Francia nos invita, pues, a entender que esta sumisión no puede ser sino transitoria. No es viable a largo plazo.

Si alguna vez dieron los franceses la impresión de asentir a la “construcción europea” – por ejemplo en el referéndum sobre el tratado de Maastricht, aprobado por un estrecho margen –, este acuerdo aparente no ha sido conseguido sino en condiciones ambiguas, mediante una intensa presión psicológica que amenazaba a nuestros conciudadanos con las peores consecuencias en caso de negativa.

Nunca se advirtió a los franceses, con toda claridad y honestidad, de las muy concretas consecuencias negativas que entrañarían las masivas transferencias de soberanía que sus dirigentes les conminaban a aprobar, tras un debate apresurado e impreciso, como si se tratase de una nimiedad. Por ejemplo, nunca se advirtió a nuestros compatriotas, de la manera explícita y solemne que hubiera cabido esperar, de que a partir de entonces las grandes decisiones estratégicas sobre el porvenir de Francia (en asuntos de política extranjera, defensa nacional, en los ámbitos sociales, económicos, monetarios, medioambientales, etc.) ya no dependerían de sus votos. Tampoco de que, aunque resultasen nefastas (como lo podemos ver hoy en día), esas decisiones determinantes seguirían imponiéndose a ellos, desde el exterior, por la obstinación de los conductores de un carro

absurdo, que reagrupará pronto a unos treinta Estados, en el que la influencia de Francia se ha vuelto marginal mientras que la de los Estados Unidos de América, a través de sus grupos de presión, es aplastante.

Agobiados por una incesante propaganda que los conmina a admitir que la “construcción europea” es a la vez una obra de paz, una fatalidad histórica, una necesidad política, una urgencia económica, un adelanto social, una exigencia moral y un largo etcétera, han acabado los franceses imaginándose que ya no se podía examinar aquello más de cerca, demostrar lo contrario y oponerse a ello.

Pero, al mismo tiempo, los franceses nunca imaginaron que sus dirigentes democráticamente elegidos dejarían de tomar las decisiones estratégicas de Francia. Asimismo, no pueden entender ni un solo momento que sea posible que los otros veintiséis Estados a los cuales han sido emparejados (generalmente si su consentimiento) puedan constituir mayorías que dicten al pueblo francés las decisiones que éste rechaza.

El resultado de esas contradicciones es una gran confusión que va agravándose conforme la realidad lleva a los franceses a análisis exactamente opuestos a las promesas fantasiosas que les hacen desde hace tantísimos años:

— ¿“Europea significa la paz”? Sin embargo, comprueban que Europa quiere integrar a Francia en coaliciones bélicas junto a los Estados Unidos de América, para conducir guerras que violan el derecho internacional, como en Iraq, por ejemplo.

— ¿“El euro significa más crecimiento y más empleos”? Sin embargo, la eurozona siempre es el farolillo rojo del mundo en lo que respecta al crecimiento y al empleo.

— ¿“Europa significa prosperidad”? Sin embargo, el poder adquisitivo está estancado o retrocede y las perspectivas de futuro nunca han parecido tan oscuras.

— ¿“Europa nos permitirá crear campeones industriales frente a los Estados Unidos de América o a China”? Sin embargo, la Comisión europea impide toda medida de protección comparable a las que practican alegremente los Estados Unidos de América o China; propicia la compra del sector industrial siderúrgico por parte de empresas indias; considera normales e incluso favorece las deslocalizaciones y la destrucción de sectores enteros de nuestras industrias, como el textil, el del mueble, el del juguete, el de la óptica, etc.

— ¿“Europa significa más garantías sociales”? Sin embargo, la Comisión tiene a bien que se hagan deslocalizaciones hacia países de menor coste salarial y rechaza toda armonización social y fiscal en el interior de la Unión europea, favoreciendo, pues, el “dumping” social y fiscal más descarado.

— ¿“Europa significa un mejor control de los flujos migratorios”? Sin embargo, los Acuerdos de Schengen, por lo contrario, abolieron todo control en las fronteras y convirtieron a nuestro país en un colador al que entran sin ningún control los hombres y las mercancías.

— ¿“Europa favorece nuestra agricultura”? Sin embargo, Bruselas ha programado la cuasi desaparición de nuestra agricultura tradicional.

— Etc.

(1) Por otra parte, las iniciativas para fusionar empresas europeas quedan bloqueadas, en la mayoría de las ocasiones, por la Comisión europea.

(2) El pueblo estadounidense, que goza de nuestro reconocimiento y amistad, también es víctima de esta situación.

Un formidable quid pro quo está en el corazón de la crisis política en Francia

En resumidas cuentas, una incesante propaganda prohíbe hacer un balance crítico de la construcción europea y hace a fortiori sacrílego todo cuestionamiento de la misma, pero sus resultados cada vez más desastrosos en todos los ámbitos impiden todo motivo de satisfacción.

Así se fue formando, a lo largo de los decenios, un formidable quid pro quo. Desde la ultraderecha hasta la ultraizquierda, no se encuentra ningún responsable político que se atreva a declararse en contra del principio mismo de la construcción europea. Empero, en todo el abanico político, tampoco existe tan sólo un responsable que se declare favorable a Europa tal y como es.

Pudimos notarlo en el contexto de la campaña para el referéndum de mayo de 2005 sobre la Constitución europea. En efecto (y los observadores lo comentaron muy poco), si bien los partidarios del “no” manifestaban explícitamente su rechazo hacia Europa tal y como es, los partidarios del “sí” mostraban implícitamente el mismo rechazo ya que el argumento que esgrimían era que esta

Constitución traería por fin consigo los cambios necesarios (“Voten sí para una Europa que funcione”, “Sí a la Europa social”, etc.)

En suma, todos los responsables políticos franceses se declaran a favor del principio de la construcción europea y en contra de la manera en que se está desarrollando.

Para intentar resolver esta contradicción, todos se proclaman invariablemente a favor a “otra Europa” y dan a entender, ante electores cada día menos crédulos, que esta “otra Europa” sería de algún modo una Francia, pero más grande.

Pero ninguno precisa que esta seductora perspectiva no es más que un deseo piadoso que no surtirá ningún efecto. Si Europa es tal y como es, no es por casualidad ni por descuido. Lo es porque es el resultado de veintisiete intereses nacionales antagónicos y que Francia, con un único comisario entre veintisiete (o sea, el 3,7%) ya no es capaz de hacer prevalecer su punto de vista, sus valores y sus intereses en un cenáculo en el cual los países alineados con los Estados Unidos de América son claramente mayoritarios.

La UPR opina que es precisamente en esta esquizofrenia política generalizada donde está el principal escollo de la situación francesa. Debido a que no quieren, o no osan, llevar a cabo el diagnóstico e ir hasta el necesario rechazo completo de toda construcción europea, el conjunto de los partidos políticos franceses no puede dar sino una impresión confusa y desastrosa para la democracia: la de criticar a Europa aprobando su principio sin tener – para hacer más atractivos sus resultados para los franceses – ninguna propuesta que pueda conseguir el apoyo de los otros veintisiete Estados-miembros.

Por consiguiente, el conjunto de la política francesa se vuelve incoherente y pierde toda facultad de movilización, dejando abierta la vía a todos los extremismos. Es por tanto vital clarificar la situación política francesa creando un partido cuya meta esencial sea subrayar este *quid pro quo*.

2. La recuperación nacional requerirá ineluctablemente la salida de la Unión europea

Lejos de ser una obra de paz, de democracia y de prosperidad, la unificación a marchas forzadas del continente europeo, sea cual sea la presentación y sean cuales sean las promesas, es por lo contrario una utopía funesta que conduce necesariamente a Francia y a los países europeos hacia una estructura políticamente dictatorial, económicamente ineficiente, socialmente intolerable, diplomáticamente belicista, sociológicamente absurda y culturalmente inhumana.

Sólo la independencia de Francia y la soberanía del pueblo francés pueden asegurar la prosperidad de nuestro país y el buen funcionamiento de su democracia, su proyección internacional, sus acciones por la paz y la amistad de los pueblos, sin distinciones de pertenencia geográfica o religiosa.

El final de las ambigüedades

Una de las razones esenciales de la creación de la UPR radica en el hecho de que todos los movimientos políticos que reclaman la soberanía nacional proponen programas ambiguos en dos sentidos:

— Por una parte, hacen de la soberanía un tema entre otros tantos. Sin embargo, difuminar la cuestión europea entre otros varios temas, es hacer perder de vista el carácter central, específico y decisivo del necesario restablecimiento de nuestra soberanía nacional.

— Por otra parte, retoman el mito de la construcción europea enmendable. Ellos también se declaran a favor de “otra Europa”, aunque tan sólo fuese una “Europa de las naciones”, pero son incapaces de explicar en qué consistiría exactamente y por qué milagro la Comisión europea y los otros veintisiete Estados-miembros la aprobarían .

Ya que pensamos que estas ambigüedades son la primera causa de la marginación de un movimiento de opinión mayoritario en nuestro país, la UPR se fija como conducta el tener un programa más claro que el agua y el proponerlo serena y democráticamente a los franceses, sin andarse con rodeos.

Este programa tiene como objetivo sacar a Francia de la llamada “Unión” europea y rechazar todo nuevo proyecto de integración europea, de dilución de los países europeos o de enajenación de la libertad del pueblo francés, sea cual sea su forma.

En la práctica, la UPR es el único movimiento político en proponer – y en inscribir en sus estatutos – que no es posible empezar a enderezar a Francia sino en la base de tres orientaciones fundamentales:

- Denunciar todos los tratados europeos, incluido el tratado de Roma .
- Rechazar el propio concepto de “construcción europea” con sus sempiternas promesas de “otra Europa” .
- Inscribir en la Constitución francesa la prohibición de toda delegación de soberanía que no esté circunscrita a temas muy precisos, limitados en el tiempo y en su objeto, dentro del marco de los tratados internacionales basados en la reciprocidad y la igualdad entre los Estados.

La UPR estima que la claridad de dicho programa y su formidable alcance libertador permitirán romper con las ambigüedades y los repetidos fracasos del “soberanismo” complaciente así como engendrar este trastorno político mayor que espera el pueblo francés sin ser plenamente consciente de ello.

Apoyándose en mil quinientos años de historia, la UPR afirma que será primero zanjando la cuestión de la soberanía nacional como pueda restaurar la autoridad del Estado y poner en obra de manera eficaz un programa de desarrollo económico, cultural y social conforme a los valores de la libertad, la igualdad y la fraternidad de la República francesa.

(3) Valerse del “gaullismo” (movimiento político inspirado en las acciones y el pensamiento de Charles de Gaulle (1880-1970), líder de la resistencia francesa contra la ocupación alemana (1940-1945) y, tras ello, fundador y primer presidente de la Quinta República francesa (1958-1969); el gaullismo es, en cierta manera, un sinónimo de independencia nacional) para mantener esta ficción es, en el mejor de los casos, un anacronismo, y en el peor, una manipulación. Continuamente criticado por los medios, el MRP (Movimiento republicano popular, antiguo partido cristiodemócrata y de centro, que fue un ardiente partidario de la construcción europea) y los grupos de presión atlantistas, Charles de Gaulle había, ciertamente, aceptado hace medio siglo una concesión semántica evocando una “Europa de los Estados”, a la que intentó definir en vano. Pero ello se enmarca en el contexto enteramente diferente de la Europa de los seis en sus primeras etapas, en la cual Francia dominaba el conjunto. Por lo demás, cada vez que la soberanía nacional estuvo en juego, Charles de Gaulle se posicionó, evidentemente, a su favor.

(4) Tratado de Roma al que debemos, entre otros, el principio del país de origen que la directiva Bolkestein no hace más que aplicar; o la ausencia – estratégicamente calamitosa – de Francia en las mesas de negociaciones de la OMC donde nos representa un comisario europeo. Es engañoso prometer a los franceses que se luchará contra las deslocalizaciones o contra el dumping de los países de muy bajos costes salariales estando ausentes de una instancia en la que hasta los microestados defienden energicamente, e incluso con éxito, sus intereses nacionales.

(5) Medio siglo ya nos muestra que todos los proyectos de “otra Europa”, de “Europa de los pueblos”, de “Europa de las naciones”, de “Europa social”, de “Europa independiente”, de “Europa confederal”, de “Europa europea”, de “Europa esto” o de “Europa lo otro” no son más que señuelos que pretenden mostrar como inevitable aquello que no es más que un proceso maduramente concebido para avasallar a Francia, proceso de construcción política continental que no es impuesto por ninguna fatalidad histórica.

Un programa de liberación nacional que pone a un lado la oposición derecha-izquierda

El programa de la UPR no es de hecho más que un programa de liberación nacional. Ignora por tanto, lógica y deliberadamente, la oposición tradicional entre la derecha y la izquierda.

La UPR no afirma que no exista la oposición entre derecha e izquierda. Empero sí asegura que, como en todas las situaciones en que Francia estuvo en peligro, dicha oposición debe desvanecerse provisionalmente ante la urgencia. Existen por consiguiente, entre los miembros de la UPR, francesas y franceses de todos los horizontes políticos, que a lo mejor discreparán sobre cuestiones económicas, sociales o de sociedad. Pero todos coinciden en que no sirve para nada tratar de estos temas si ya han sido tomadas las decisiones estratégicas que los afectan, sin que se haya advertido a los franceses o sin que sean conscientes de ello. ¿De qué sirve, por ejemplo, debatir, o incluso pelearse, sobre la fiscalidad, la lucha contra las deslocalizaciones, la financiación de las pensiones, la inmigración, el medio ambiente, etc. si las grandes decisiones estratégicas ya han sido tomadas por los dirigentes no elegidos del BCE y los comisarios europeos, igualmente no elegidos?

Además, la UPR insiste en el hecho de que la proliferación de los temas subalternos es, con la temática de la “otra Europa”, uno de los señuelos esenciales que esgrimen los partidarios de la construcción europea para impedir a los franceses que se preocupen por el único tema que cuenta: ¿quién tiene el poder de decidir sobre qué?

De ahí se deduce que la UPR es el único partido que ha decidido no dejarse arrastrar en los debates accesorios mientras lo esencial esté en juego. Los miembros de la UPR son por tanto libres, si lo desean, de declararse – al margen de las instancias del movimiento – a favor de tal o cual opción económica, fiscal o social, o de tal o cual filosofía sobre los temas de sociedad. Pero, para mostrarse coherentes con esta carta, se sienten en la permanente obligación de buscar, precisar y explicar cuáles son las instancias francesas o extranjeras que toman las decisiones y cuáles son, por tanto, las posibilidades reales, para ellos mismos y sus interlocutores, de tener influencia en estos temas. Además, los miembros de la UPR admiten como principio esencial que la UPR no es el lugar adecuado para tratar de estas cuestiones, salvo cuando se trata de demostrar la impotencia de las instancias nacionales. Así pues, procuran no introducir en el movimiento motivos de división nocivos y sin interés.

3. Conclusión: una lucha por la dignidad humana

La libertad de opinión que se les deja a los miembros de la UPR sobre muchos temas encuentra no obstante sus límites en la necesidad de que el movimiento conserve su dinámica y su colegialidad así como en el principio ético que impide atacarse a cualquier persona por sus convicciones religiosas, sus orígenes u otras razones.

La UPR hace una distinción fundamental entre la nación y el patriotismo por un lado y el nacionalismo por otro. Retomando la famosa frase de Jean Jaurès, quien declaraba que “la patria es el único bien de aquellos que no tienen nada”, la UPR insiste en el hecho de que la patria y la nación son las únicas instancias en las que realmente pueden ejercerse la democracia y la solidaridad entre las generaciones y las categorías sociales.

Retomando a su vez la frase de Charles de Gaulle, quien explicaba a Alain Peyrefitte que “no somos nacionalistas sino nacionales”, la UPR hace hincapié en el hecho de que no nacieron los conflictos por culpa de las naciones sino por culpa de la voluntad de una de ellas de desbordarse de su marco nacional para convertirse en un imperio y obligar a las naciones avasalladas a que adopten sus valores.

Proclamando su amor a la patria y el rechazo de todo nacionalismo, la UPR rechaza por supuesto todo extremismo, todo racismo y todo comunitarismo, y proclama su apego hacia la laicidad y la Declaración universal de los derechos humanos adoptada por la Asamblea general de las Naciones unidas, el 10 de diciembre de 1948. Dicha declaración, así como el primer artículo del Pacto de las Naciones unidas sobre derechos civiles y políticos del 16 de diciembre de 1966, que afirma como principio inalienable el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, constituyen la máxima justificación moral del programa de la UPR, programa que pretende, precisamente, devolverles a los franceses su derecho inalienable a disponer de sí mismos y los insta a rechazar toda servidumbre, voluntaria u obligada.

Dentro de esta perspectiva global, la UPR afirma con toda solemnidad que, en este siglo XXI que ve el triunfo de los intercambios y las comunicaciones de una punta a la otra del globo, la única instancia internacional legítima es, más que nunca, la Organización de las Naciones unidas, cuyo máximo principio ético es tratar a todos los pueblos y todas las naciones en pie de igualdad. La idea misma de construir, por las buenas o por las malas, un imperio europeo (o euro-atlántico), que incluiría a algunas naciones y excluiría a todas las otras, constituye un error trágico y un sinsentido histórico tremendo, cuyas consecuencias sobre la paz mundial podrían resultar terribles.

Por eso la UPR pretende promover las cooperaciones internacionales de toda clase con todos los Estados del planeta, sin proceder a ninguna distinción, moral y éticamente sospechosa, en función de su pertenencia o no al continente europeo. A este respecto, la UPR recuerda que las definiciones

de los continentes son meras convenciones geográficas que no corresponden en absoluto a las afinidades entre los Estados del orbe.

Además, la UPR pretende profundizar y desarrollar la Francofonía como polo de equilibrio de civilizaciones, imprescindible para mantener la diversidad cultural mundial. Por eso también, la UPR pretende inscribir en la Constitución francesa el principio de inalienabilidad del puesto de miembro permanente que tiene Francia en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, con derecho a veto. Esto permitirá no sólo preservar el papel de Francia como potencia mundial sino también, más allá de ella misma, asegurar al mundo francófono un sitio esencial en el concierto de las naciones.

Por último, la UPR proclama que no existe progreso posible ni aceptable a ojos de los franceses si no es conforme a los ideales de libertad, de igualdad y de fraternidad de la República y si no es compatible con la laicidad, el humanismo, el respeto a la diversidad cultural, la justicia social y el rechazo de todo comunitarismo.

La UPR subraya que este conjunto de valores hace que Francia sea una referencia mundial para todos aquellos que rechazan la mercantilización generalizada del mundo y la reducción de los seres humanos a meras variables económicas. Por eso, abogando por que Francia salga de la funesta utopía del imperio europeo, la UPR lucha por una concepción humanista de la vida social así como por la libertad, la emancipación y la dignidad de todo ser humano de la Tierra.

A principios de este tercer milenio, no existe tema más importante.